



Los mitos del MONCADA

Nancy Pérez-Crespo

Al principiar sus estudios en la Universidad Atlántica de la Florida (1974), Antonio Rafael de la Cova tuvo que reseñar *La Historia me absolverá* (1954) y advirtió que Fidel Castro acusaba al sargento Eulalio «El Tigre» González de haber asesinado al segundo jefe de los asaltantes al cuartel Moncada, Abel Santamaría.

De la Cova buscó en la guía telefónica de Miami y dio con González, quien aclaró que su apodo era «El Mulo» porque había trabajado veinte años con la compañía de transporte de mulos en La Cabaña. Tras verificar la declaración de González con otros militares, De la Cova concluyó que Castro había urdido el apodo de «El Tigre» para acentuar la connotación de sargento feroz. Luego de meditar que donde hay una mentira, siempre hay otras, De la Cova encontró en la revista *Bohemia*

(diciembre 27, 1953, página 70) un breve recuento del juicio (octubre 13, 1953) contra Castro por el asalto al Moncada, que incluía la frase de cierre de su autodefensa: «La historia, definitivamente, lo dirá todo».

Ambas falsedades motivaron a De la Cova para enfrascarse en el rescate de aquel episodio histórico. Al cabo entrevistó a 115 protagonistas, espulgó millares de documentos y acabó por dar a imprenta *The Moncada Attack. Birth of the Cuban Revolution* [El ataque al Moncada. Nacimiento de la revolución cubana] (2007).

¿Cómo lidia usted con las demás obras acerca del Moncada?

En el prefacio examino las obras que tratan el asalto a los cuarteles de Bayamo (Céspedes) y Santiago de Cuba (Moncada) el 26 de julio de 1953 y señalo los errores históricos que se han perpetuado como mitos revolucionarios en la historia oficial dictada por el régimen castrista.

En 1961, por ejemplo, el periodista Robert Taber (CBS) afirma en *M-26: The Biography of a Revolution* [Movimiento 26 de Julio: La biografía de la revolución] (19) que Fidel Castro «apareció brevemente dentro del cuartel», pero ni el propio Castro ha dicho jamás que entró en el Moncada. Taber acoge asimismo la leyenda negra creada por Castro de que los asaltantes prisioneros fueron torturados, por ejemplo: castraron a Boris Luis Santa Coloma y sacaron los ojos a Abel Santamaría.

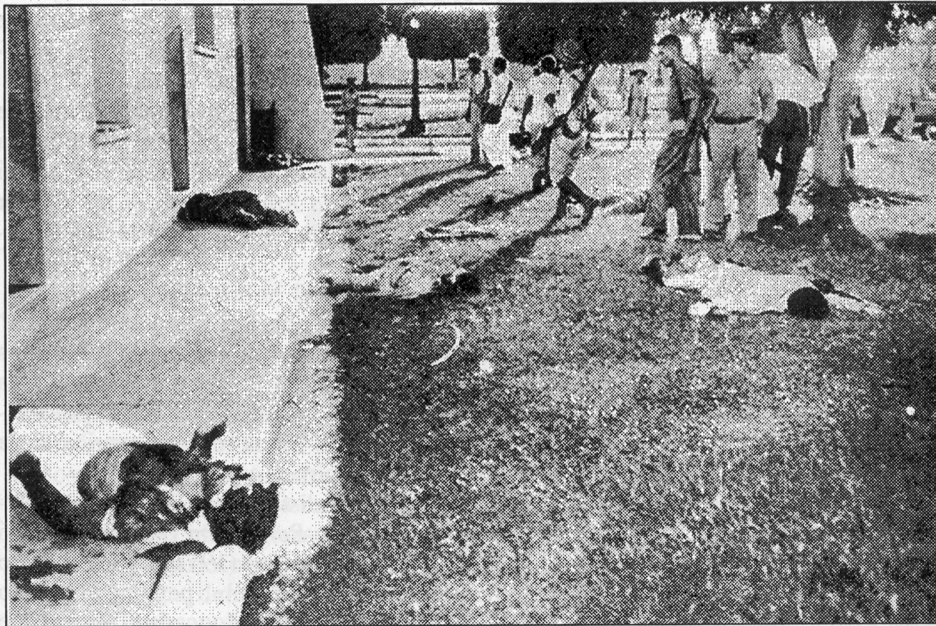
Se habló hasta de soldados quemándole los brazos a Haydée Santamaría con hierros calientes. Una mentira tan burda que Haydée misma se abstuvo de plasmar en sus memorias sobre el Moncada. Sin embargo, ningún historiador ha puesto esta y otras leyendas moncadistas en entredicho.

En 1965, el novelista francés Robert Merle fue contratado por el régimen de La Habana para escribir *Moncada: Premier Combat de Fidel Castro* [Moncada: el primer combate de Fidel Castro] (196). Merle entrevistó a 60 asaltantes, 6 civiles y a un solo militar: el teniente Pedro Sarría, quien había arrestado a Castro. Marta Rojas, Mario Mencia y otros autores cubanos repetirían la misma historia bajo el *dictum* castrista de «dentro de la revolución, todo; contra la revolución, nada».

Usted es el primer académico con doctorado en Historia (Universidad de Virginia Occidental, 1994) que publica un libro sobre los sucesos del 26 de julio de 1953. ¿Está marcando la diferencia?

Al lado de autores comprometidos con el régimen castrista y a menudo sin entrenamiento universitario adecuado para ser historiador, mi desempeño puede medirse por haberse editado este libro en una prestigiosa imprenta universitaria [University of South Carolina Press]. Mi obra se nutre de entrevistas grabadas y transcritas con 115 personas, que me tomaron 31 años, así como de la minuciosa investigación bibliográfica en torno a las publicaciones de aquella época y de todo lo publicado al respecto en Cuba desde 1959. Los partidarios de Castro dieron sus versiones a la prensa oficial y no tengo reparos en citarlos cuando se atienen a los hechos, además de indicar cuándo se apartan de ellos. Robert Merle apunta, por ejemplo, que al caer herido Abelardo Crespo vino a recogerlo Jaime Costa en un auto que se retiraba. Después que Costa fue detenido en Cuba por oponerse a Castro, Crespo cambió su versión para omitir a Costa y sentar que fue asistido por el mismo Castro.

Tuve la oportunidad de entrevistar telefónicamente a dos personas dentro de la Isla: Gustavo Arcos Bergnes, quien iba en el mismo carro que Castro al ataque, y el ex teniente Jesús Yáñez Pelletier, supervisor militar de la prisión (Boniato) donde estuvieron encarcelados los acusados de la causa del



Moncada. Ambos eran disidentes y no tenían miedo a contradecir la historia oficial. En los Estados Unidos logré entrevistar a 14 asaltantes exiliados, entre ellos los tres jefes del ataque al cuartel Carlos Manuel de Céspedes (Bayamo): Raúl Martínez Ararás, Orlando Castro García y Gerardo Pérez-Puelles Valmaseda, quienes rompieron con Castro en 1955 y denunciaron en proclama pública sus intenciones dictatoriales. Por supuesto que los tres fueron borrados de la historia oficial, que atribuye la jefatura de la acción de Bayamo a Níco López, a pesar de que entorpeció el ataque porque olvidó llevar los alicates necesarios para cortar la cerca de alambre de púas. La historia oficial no aguanta críticas a un «mártir de la revolución».

¿Hay otros protagonistas que no aparecen en la versión oficial del gobierno cubano?

De los 99 rebeldes sobrevivientes, 27 se convirtieron en disidentes y fueron omitidos de la historia oficial. Castro se abstuvo de invitarlos a los festejos del cincuentenario del asalto al Moncada. También se omitió a Natalia «Naty» Revuelta Clews, amante de Fidel Castro, a pesar que ella donó más de cinco mil pesos para comprar armas.

Así mismo se tergiversó el papel de Raúl Castro, quien viajó a Santiago de Cuba por invitación de José Luís Tassende sin saber el plan de su hermano mayor. Este último se sorprendió al verlo en la granja Siboney y decidió asignarlo al grupo de menor riesgo: el comando que ocuparía el Palacio de Justicia, dirigido por Léster Rodríguez. El muro de contención en el techo de

aquel edificio, colindante con el Moncada, era tan alto que no permitió disparar hacia el cuartel. Tras ser detenido Raúl Castro, su prueba de parafina dio negativa, es decir: no había disparado un arma. Como Léster Rodríguez era santiaguero y pudo escapar, Castro achacó falsamente la jefatura del comando a Raúl.

Otro caso interesante es Reinaldo Boris Luis Santa Coloma, quien aparece en la historia oficial como novio de Haydée Santamaría. Sin embargo, su verdadero amor era Nereida Rodríguez, con quien tuvo un hijo el 13 de julio de 1953. Ella y su hijo han sido borrados de la historia oficial.

¿Cómo es eso que Boris Luis no fue emasculado ni le sacaron los ojos a Abel Santamaría?

No torturaron a los prisioneros ni hubo necesidad para ello. La tortura se aplica por lo general cuando algún reo se niega a revelar algo. Allí todos los capturados admitieron enseguida quiénes eran, que Fidel Castro era el líder y que venían a redimir la patria.

Según el teniente Jesús Yáñez Pelletier, el prisionero Osvaldo Socarrás lo condujo hasta la granja Siboney, donde se habían acuartelado los asaltantes antes del ataque. Una treintena de rebeldes apresados fueron ejecutados de inmediato en el campo de tiro de armas cortas, dentro del Moncada, con autorización del coronel Alberto del Río Chaviano, que ordenó regar los cadáveres para aparentar muertos en combate.

El Servicio de Inteligencia Militar (SIM) tomó una foto a cada muerto y puso a todos un número de identifica-

ción en un papel sobre el pecho. El régimen castrista ha publicado algunas fotografías, pero jamás ha mostrado la imagen del cadáver de Abel Santamaría. Y reto al gobierno de Castro para que publique esta foto y exhiba todos los certificados de defunción emitidos por los médicos forenses.

La periodista oficial Marta Rojas publicó algunos certificados para demostrar que los rebeldes fueron ejecutados, pero ninguno indica señales de tortura o desmembramiento. Yo entrevisté a Manuel Bartolomé, director de la funeraria en Santiago de Cuba que se encargó de recoger los cadáveres de los asaltantes. Bartolomé asevera que no vio señales de tortura y puntualiza que los médicos forenses hubieran levantado la alarma de haberlas visto. Uno de ellos, el doctor Manuel Prieto Aragón, fue entrevistado para la revista *Bohemia* en 1968 y no confirmó la imputación de tortura de los presos, cuando pudo haberlo dicho sin cortapisas.

Haydée Santamaría propagó a los cuatro vientos la versión de la tortura de los presos y, en particular, que su «novio» fue emasculado. Sin embargo, ella no hizo tal denuncia cuando testificó en el juicio del Moncada, sin ser coaccionada. Su testimonio judicial aparece en los periódicos de la época.

¿Y qué hay de cierto en que los asaltantes pasaron a cuchillo a los soldados de la posta del cuartel y del hospital militar?

Ese es otro gran mito, que engendró el coronel Del Río Chaviano tras llegar al cuartel después del ataque. Al indagar por teléfono el general Fulgencio Batista cómo los asaltantes habían rebasado la posta, el coronel respondió que habían sido pasados a cuchillo y añadió que los dos muertos en el Hospital Militar, el sanitario José Vázquez y el policía Roberto Ferrándiz, fueron también apuñaleados.

Sólo que ambos recibieron tiros en la cabeza al asomarse a diferentes ventanas. Los tenientes médicos Erik Juan Pita y Rolando Pérez Sainz de la Peña estaban de turno en el Hospital Militar durante el ataque y confirmaron que no hubo militar herido o muerto con cuchillo. Y el soldado José Ferrá Mulet me aseguró que vio cuando los asaltantes desarmaron a los dos guardias en la posta 3, Orlando Molina Amores y Walfrido Monzón, y procedieron a tenderlos boca abajo en el suelo sin lesionarlos.

La controversia surge porque, al día siguiente, Batista mencionó en su discurso que la posta y los enfermos fueron



pasados a cuchillo y configuró así la versión del gobierno. Sin embargo, la prensa reportó los eventos del juicio y aclaró que los médicos militares atestiguaron que ningún soldado murió por arma blanca. Al redactar sus memorias, Batista reiteró que los enfermos fueron asesinados, pero no pasados a cuchillo.

¿Cuál fue la participación de Fidel Castro?

Castro es notorio por su memoria y verborrea, pero jamás ha descrito en detalle su intervención directa en el combate. Nunca ha revelado cuántas veces disparó su pistola Luger ni contra quién. No obstante, su actuación puede descifrarse por las declaraciones de los asaltantes que estuvieron a su lado, como Gustavo Arcos, Héctor de Armas, Carlos Bustillo y Gerardo Granados. Quienes estuvieron con Castro en la balacera frente a la posta tres nunca lo vieron disparar. Castro se pasó los veinte minutos del combate tratando de reagrupar a los asaltantes, que se habían dispersado por los patios de las casas del reparto militar y penetraron erróneamente en el Hospital Militar fuera del cuartel.

Un dato interesante: después que Castro es detenido y llevado a la prisión de Boniato, el médico forense José Ramón Cabrales se dispuso a someterlo

a la prueba de parafina y Castro se negó. Georgina Cuervo y Ofelia Llenín afirman en *Moncada: Epopeya heroica* (La Habana, 1973, página 116) que Castro repuso: «A mí no me la hacen; ponga que da positivo, porque yo sí tiré. A mí no hay que hacerme la parafina. Búsquenme un arma y verán como sigo tirando». Castro fue el único a quien no se le hizo la prueba de parafina y al parecer sabía que iba a dar negativa. No quiso chotearse de esa manera, ya que siendo el líder no disparó un solo tiro.

¿Quiénes eran los asaltantes del Moncada?

Castro escogió a 160 rebeldes de la juventud del Partido Ortodoxo, donde él militaba. En *Mártires del Moncada* (La Habana, 19), Marta Rojas publicó las biografías y se nota que la gran mayoría no tenía instrucción más allá del sexto grado: sólo cuatro eran graduados universitarios. Había dos negros y doce mulatos, incluyendo a Melba Hernández. Muchos tenían empleos humildes: peón de albañil, parqueador de autos, dependiente de tienda, mozo de limpieza... Otros eran campesinos o desempleados.

El ahora general Calixto García, por ejemplo, era mensajero de bicicleta de la Farmacia Johnson; el Comandante

de la Revolución Juan Almeida Bosque, asistente de albañil; el otro Comandante de la Revolución y actual ministro de Informática y Comunicaciones, Ramiro Valdés, era ayudante de camionero. Agustín Díaz Cartaya, autor del Himno del 26 de Julio, era un huérfano que tocaba guitarra por las calles de Marianao.

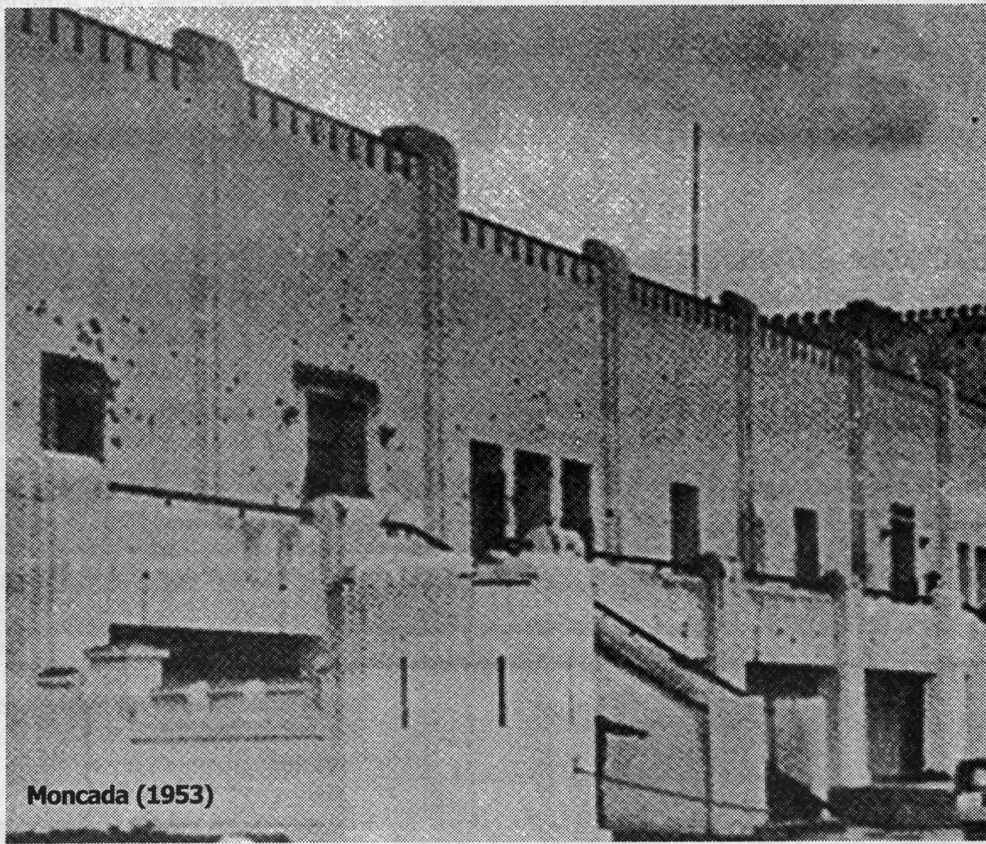
Algunos asaltantes tenían antecedentes penales. Jacinto García Espinosa era marihuanero, convicto por narcotráfico; Carmelo Noa Gil estuvo preso por intento de asesinato y Flores Betancourt Rodríguez había cumplido un año en el reformatorio juvenil Tórrons. Otros cuatro habían sido arrestados por fajarse con la policía. Por lo menos veinticinco eran huérfanos de padre. Fue muy fácil para el doctor Castro apelar a los sentimientos patrióticos de estos jóvenes y manipularlos.

¿Qué conclusiones saca usted tras tantos años investigación del ataque al Moncada?

Las acciones comenzaron a prepararse apenas tres meses antes. Raúl Martínez Ararás, jefe del ataque al cuartel de Bayamo, consideró que el plan de ataque era superficial, improvisado y descabellado. Su segundo al mando, Orlando Castro, precisó que se hubiera logrado el objetivo sin disparar un tiro, con tan sólo haber detenido al jefe en su casa y llevado al cuartel para franquear la entrada. En el momento del ataque había tan sólo cinco soldados dentro.

La prensa había anunciado que Batista estaría el 26 de julio en las regatas de Varadero para entregar el trofeo al ganador. Hubiera sido más fácil apresarlo allí antes que aventurarse a tomar el Moncada. Castro trató de adelantarse al plan insurreccional que preparaba la oposición (Plan de Montreal, abril de 1953). Pensó que si se alzaba primero, entonces el resto de la oposición tendría que secundarlo, tal y como había pasado con el alzamiento de Carlos Manuel de Céspedes en La Demajagua (octubre 10, 1968).

Otro problema fue que los asaltantes iban vestidos de militares y la oposición pensó que aquello era una bronca entre ellos. Un dato que pasa por alto la historia oficial estriba en que Gustavo Arcos, Pepe Ponce, Abelardo Crespo, Reinaldo Benítez y otros fueron heridos por fuego amigo: sus propios com-



Moncada (1953)



Moncada (2003)

pañeros dispararon contra ellos al verlos uniformados. Arcos estaba mirando hacia el cuartel cuando recibió un balazo que entró por la espalda, de abajo hacia arriba. Ponce y Crespo recibieron heridas de balas calibre 22 y Benítez, de perdigones, es decir: por armas que los soldados no usaban, sino exclusivamente los asaltantes.

Mi libro señala todos los fallos del plan de ataque y deja sentado que el error estratégico mayúsculo fue no tomar la azotea del edificio de tres pisos frente al Moncada, desde donde los francotiradores hubieran dominado el polígono y las salidas de todos los dormitorios, así como hubieran neutralizado la ametralladora que con su fuego de

barrido bloqueó el acceso por la posta lateral. Los asaltantes iban mal armados (rifles 22, revólveres y escopetas) y con solo un puñado de balas para enfrentarse a soldados bien pertrechados. Las huellas de bala que aparecen en la fachada del Moncada traen su causa de que el sargento José Virués Moraga disparó su ametralladora calibre 30 contra cinco rebeldes que se atrincheraron en el ala izquierda. Después del ataque se repellaron los orificios y se pintó la pared, pero hacia 1970 Castro ordenó abrirlos para dar la apariencia de disparos originales. Aun así distan mucho de coincidir (compare las fotos).

Para mí es evidente que Castro llevó a esos muchachos a la muerte para treparse sobre sus cadáveres y alcanzar la fama a través de la prensa internacional. El ministro de Información del régimen de Batista, Ernesto de la Fe, declaró que el coronel Del Río Chaviano debió haber sido juzgado en corte marcial por incumplir las reglas de guerra y ejecutar prisioneros. Este crimen dio pie a Castro para transfigurar su derrota militar en victoria política.

¿Qué lección deja el ataque al Moncada?

La manipulación maquiavélica de Castro sobre sus seguidores para lograr su ambición personal. Al revelar su plan en la granja Siboney, Castro tropezó con una docena de rebeldes que se negaron a participar en lo que denunciaron como acción suicida. En Bayamo desertó Hugo Camejo, jefe de la célula de Marianao, e igual decisión tomó Ernesto Tizol, que había alquilado la granja, cuando manejaba su auto rumbo al Moncada. Por ello se desvió una parte de la caravana y muchos de los asaltantes no participaron en el combate, que duró apenas veinte minutos. Por último el «Manifiesto a la Nación», que redactó Raúl Gómez García, postuló metas democráticas refrendadas con la sangre de 61 jóvenes cubanos y traicionadas por Castro en el poder.

The Moncada Attack: Birth Cuban Revolution (Editora de la Universidad de Carolina del Sur, 2007) puede adquirirse en la red: <http://www.cubanfoodmarket.com>, o <http://www.amazon.com/> http://www.amazon.com/Moncada-Attack-Birth-Cuban-Revolution/dp/1570036721/ref=pd_bbs_sr_1/002-9050753-9398438?ie=UTF8&s=books&qid=1181506609&sr=8-1.

Las entrevistas realizadas por el Dr. Antonio Rafael de la Cova pueden consultarse en la página <http://www.latinamericanstudies.org/entrevistas.htm> y sirven para verificar la veracidad de la obra historiográfica que tomó más de treinta años completar.